

La lectura: experiencia crucial

Juan Meza Borja
Universidad Ricardo Palma
juan.meza@urp.edu.pe

RESUMEN

Se presenta la lectura como experiencia vital, refiriéndose experiencias con la lectura de intelectuales como J.P. Sartre, M. Proust, A. Manguel y M. Gutiérrez. El autor habla de sus experiencias de lectura y las de sus estudiantes. Se enfatiza el valor de la lectura, definiéndola como experiencia importante para la formación del individuo. Se reseñan libros que proveen estrategias para lecturas provechosas.

PALABRAS CLAVE: Lectura, lectura como experiencia, valor de la lectura.

Reading: A decisive experience

ABSTRACT

Reading is introduced as a vital experience, referring to experiences with the reading of intellectuals work such as J.P. Sartre, M. Proust, A. Manguel and M. Gutiérrez. The author talks about his reading experiences and those of his students. The value of reading is emphasized, defining it as an important experience for the formation of the individual. Books that provide strategies for profitable readings are reviewed.

KEYWORDS: Reading, reading as experience, value of reading.

Introducción

En este artículo no hablaré de cuestiones conceptuales acerca de la lectura, ni desde el punto de vista de la psicología, ni de la pedagogía. Lo que haré, más bien, es referirme a la lectura como experiencia vital. Para ello hablaré primero acerca de experiencias con la lectura comunicadas por intelectuales como Jean Paul Sartre, Marcel Proust, Alberto Manguel, Miguel Gutiérrez, y luego, acerca de experiencias personales o de mis alumnos en relación con la lectura. Lo que deseo es que este trabajo tenga un carácter instigador, incitador, motivador hacia la lectura.

De lectores (y escritores)

Alberto Manguel (2002b) comienza su *Historia de la lectura* presentando una galería de lectores reales o ficticios: Aristóteles, Virgilio, Santo Domingo, Paolo y Francesca, dos estudiantes islámicos, Jesús (entre los doctores), San Jerónimo, Erasmo de Róterdam, un poeta mongol, Izaak Walton, María Magdalena, un estudiante parisino, una madre anónima leyendo a su pequeño hijo, Charles Dickens, Jorge Luis Borges. Contemplar la galería hace pensar en otra lectura, en la lectura de imágenes, acerca de la cual Manguel (2002a) tiene otro incitador libro.

¿Qué hay de común entre los diferentes personajes del elenco de lectores presentados por Manguel? Que todos pertenecen a una comunidad, una comunidad de lectores, que supera fronteras territoriales y tiempos. Figurémonos la comunidad de lectores de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra, desde su primera edición, en 1605, hasta la actualidad, tanto en sus versiones en español como en las traducciones a diferentes lenguas que de esa novela se han hecho a lo largo de la historia.

A propósito de “Comunidad de lectores”, Madigan, Johnson y Linton (1998), en un interesante artículo acuñan el concepto de *Comunidad discursiva*, para referirse al conjunto de autores y lectores de una publicación periódica y por extensión, diríamos, a toda publicación.

Quiero hacer una digresión aquí y referirme a *Realidad Nueva Época*, la revista del Vicerrectorado Académico de la Universidad Ricardo Palma. De momento podemos ser pocos quienes sabemos algo acerca de la misma, pero a partir de cada número publicado tendrá una “comunidad discursiva” más amplia, es decir, un conjunto de autores y lectores que tendremos intereses y aspiraciones compartidos, vehiculizados a partir de la revista.

En su publicación, Manguel (2002) menciona el *Sefer Yezirah*, el libro más antiguo en hebreo que contiene la afirmación según la cual Dios creó el mundo mediante trein-

ta y dos caminos secretos de sabiduría: diez números (Sefirot) y veintidós letras. A partir de los Sefirot se crearon todas las cosas abstractas; y a partir de las letras todos los seres reales en los tres estratos del cosmos: el mundo, el tiempo y el cuerpo humano. Siglos después de la escritura del *Sefer Yezirath*, un autor anglosajón, Harold Bloom (2005), utiliza metafóricamente la idea de los *Sefirot* para clasificar los que él considera, los cien genios de la literatura, organizándolos en grupos de diez y cada grupo en dos subgrupos de cinco (lustrós).

Aquí mencionaré solo algunos de los cien autores que Bloom consigna. Los diez Sefirot son: *Keter*: Shakespeare, Cervantes, Montaigne, Milton, Tolstoi, Alighieri y Chaucer, entre otros; *Hokmah*: El Yavista, Platón, Mahoma, San Pablo, Goethe, Freud y Mann; *Binah*: Nietzsche, Kierkegaard, Kafka, Proust, Beckett, Ibsen, Chejov, Wilde; *Hesed*: Swift, Jane Austen, Hawthorne, Melville, Virginia Woolf; *Din*: T. S. Eliot, Wordsworth, Shelley, Keats, Leopardi; *Tiferet*: Pater, Víctor Hugo, Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Paul Valéry; *Nezah*: Homero, James Joyce, Alejo Carpentier, Octavio Paz, Stendhal, Mark Twain, Faulkner, Hemingway; *Hod*: Walt Whitman, Pessoa, García Lorca, F. Scott Fitzgerald; *Yesod*: Flaubert, Machado de Assis, J. L. Borges, Italo Calvino y Tennessee Williams; y la última sefirah *Malkut*: Balzac, Lewis Carroll, Henry James, Dickens, Dostoievski. Pensándolo bien, en la organización de los cien genios (no hemos mencionado a todos) de la literatura universal que presenta Bloom tendríamos la base para una propuesta de un *Plan lector*, algo ambicioso y de veras valioso.

Es posible que cada lector tenga una historia que contar respecto de su iniciación en la “magia de leer” de la que hablan Marina y Válgoma (2007) o de la revelación que supone el encuentro con algún libro o alguna lectura en particular. A propósito, en relación a historias de iniciación en la lectura, estos autores narran la historia de la iniciación de Jean Paul Sartre como lector. Su abuelo le había regalado dos libros con los cuales no sabía qué hacer: los mecía, los abrazaba, los olía, etc., hasta que puso uno de ellos en el regazo de su madre, quien se lo leyó y maravillado descubrió que a través de la voz de su madre las palabras salían del libro. Celoso de los poderes de su madre, un día con un libro en las manos hizo como que leía, cuidándose de pronunciar bien las palabras, al verlo en tales circunstancias decidieron que era hora de enseñarle el alfabeto. Sartre dice:

Fui diligente como un catecúmeno; llegué hasta a darme clases particulares: me encaramaba en lo alto de mi cama plegable con *Sin familia* de Hector Malot, que me sabía de memoria y, medio recitando medio descifrando, recorrí unas tras otras todas las páginas; cuando volví la última, ya sabía leer. Estaba enloquecido de alegría. (Sartre citado por Marina y Válgoma, 2007, p. 24).

Marcel Proust (2003) nos presenta la imagen del lector apasionado que fue desde su infancia cuando en tono de lamento narra todas aquellos incidentes cotidianos que interrumpían su actividad como lector: los juegos que un amigo venía a proponerle, justamente en el pasaje más interesante de la lectura, las molestias que le ocasionaban el vuelo de un abeja y que le obligaban a separar los ojos de la página, las cantaletas de la cocinera que disponía el servicio para la merienda, los desplazamientos y las conversaciones de sus parientes resultaban molestos porque le privaban de la intimidad que necesitaba para hacer sus lecturas. Resumiendo todas esas molestias, Proust dice: “Todo aquello que parecía entretener a los demás nosotros lo apartábamos como un obstáculo vulgar ante un placer divino (la lectura)” (p. 9).

Albero Manguel (2002) dice que a los cuatro años descubrió que sabía leer. Innumerables veces había visto las figuras de sus libros de lectura inicial y había notado que debajo de las figuras había palabras (estaban constituidas de letras) que otras personas las leían, algo que, según él, le hacían perder interés. Manguel en su memoria episódica guarda el recuerdo de aquella ocasión en que se percató de que sabía leer. Nos lo dice en estos términos:

Un día, sin embargo, al lado de la carretera, desde la ventanilla de un coche (...) vi un cartel. La visión no pudo haber durado mucho tiempo; tal vez el automóvil se detuvo un instante, quizá solo redujo la velocidad lo suficiente para que yo viera, de gran tamaño y semejante a una aparición, formas similares a las de mi libro, pero formas que no había visto nunca antes. Supe, sin embargo, de repente, lo que eran; las oí en mi cabeza; se metamorfosearon, dejaron de ser líneas negras y espacios blancos, para convertirse en una realidad sólida, sonora, plena de significado. Todo aquello lo había hecho yo solo. Nadie había realizado por mí aquel acto de prestidigitación. Las formas y yo estábamos solos, revelándonos mutuamente en silencio, mediante un diálogo respetuoso. *El haber podido transformar unas simples líneas en realidad viva, me había hecho omnipotente. Sabía leer.* (p. 19, las cursivas son mías).

Señala Manguel que la experiencia fue como “adquirir un sentido nuevo”, de suerte que ciertas cosas ya no eran únicamente lo que sus sentidos le informaban, sino que eran, además, “lo que su cuerpo entero descifraba, traducía, expresaba, leía” (p. 21). Manguel (2003) ya algunos años después, terminando sus estudios en el Colegio de Buenos Aires tuvo otra experiencia de lectura peculiar, que, sin embargo, en ese momento no valoró ni advirtió su significación: Manguel trabajaba en una librería bonaerense a la que iba un hombre ciego, acompañado de su madre, a comprar libros; aquel hombre le pidió fuera a leerle los libros cuando tuviera tiempo. Dos o tres veces por semana iba a casa de ese ciego a leerle libros: el ciego era, nada menos que, Jorge Luis Borges, el mítico director de la Biblioteca de Buenos Aires (Umberto Eco, le rinde homenaje en *El nombre de*

la rosa, en el personaje del bibliotecario de una abadía medieval, Jorge de Burgos). En su libro *Manguel* comunica que:

Las conversaciones con Borges eran tal como, a mi juicio, tenían que ser siempre las conversaciones: acerca de libros y el engranaje de los libros, acerca de escritores que yo no había leído hasta entonces, y acerca de ideas que no se me habían ocurrido o que apenas había comenzado a esbozar de una forma vaga, casi intuitiva, pero que en la voz de Borges, resplandecían en toda su riqueza y en todo su esplendor, en cierta medida obvio. No tomaba apuntes porque en esos encuentros me sentía colmado. (p. 16).

Respecto de experiencias de lectura que condujeron a revelaciones creo que es pertinente referirme a lo que cuenta Miguel Gutiérrez (2017). Enfáticamente dice él que siendo un muchachito de catorce años entró a la Biblioteca Municipal de Piura y ahí leyendo *Crimen y castigo* descubrió la literatura. “Recuerdo con claridad el momento del hallazgo que para mí, imbuido todavía de un espíritu religioso, tuvo el carácter de una revelación y un anunciamiento” (p. 9). Cuenta que tuvo que ir varios días a esa biblioteca y comenta que al concluir la novela tuvo la certeza de que algo decisivo había ocurrido en su vida:

Y fue otro el muchacho que salió de aquel estrecho local a la calenturienta noche piurana. Yo ya no era más el muchachito frágil e inhibido de apenas tres días atrás. Ahora me sentía poderoso sobre la tierra que pisaba (p. 18).

De ahí para adelante hubo un lector apasionado que luego se convirtió en un escritor y que nos ha legado un conjunto magnífico de novelas (*La violencia del tiempo*, *El mundo sin Xóchitl*, *La destrucción del reino*, *Confesiones de Tamara Fiol*, etc.) y ensayos (*Celebración de la novela*, *La invención novelesca*, *El pacto con el diablo*, entre otras).

Mi historia personal como lector

Fue mi madre quien me enseñó alfabeto y el silabario y luego los aspectos más básicos de la lectura. El deletrear y el reconocimiento de las palabras a partir de ese ensamblaje de letras (por esa época no existía el concepto de “conciencia fonológica” pero los que aprendimos a leer, *aprendimos a leer*).

El primer libro que leí fue uno que no tenía ni las primeras, ni las últimas páginas. Recuerdo que era la historia de un niño que es adoptado por un conjunto de actores de un circo. Siempre he buscado el libro, para saber cómo comenzaba y cómo terminaba. Quizá, secretamente, esa búsqueda me ha hecho un lector. Los psicólogos de la teoría

de la *Gestalt* destacan el valor motivador de las cosas inconclusas (ahí estaba el secreto de la literatura de folletín, de los seriales a que asistíamos muchos niños de mi generación, etc.).

El segundo libro que leí fue un libro que no corresponde en absoluto a la literatura infantil. Tenía un vecino en San Jerónimo, un pueblo del valle del Mantaro, que todos los días salía a tomar sol de paso que leía, o al revés, sabe Dios. Un día me atreví a pedirle me prestara uno de sus libros y no sé por qué secretas razones decidió prestarme *Los miserables* de Víctor Hugo. Un libro publicado por Editorial Tor, que publicaba libros en dos columnas en papeles tipo periódico. *Los miserables* estaba publicado en dos tomos, con letra menuda. En un mes, avancé treinta y tres páginas, casi a una página por día; sin embargo, hacia la página treinta y tres había un episodio determinante del curso de toda la novela: Jean Valjean, un fugado de un presidio llega a casa de un obispo y este lo acoge y pide a su hermana que le prepare una cama con sábanas limpias y hace que le sirvan comida y exige que le den los cubiertos de plata, a cierta hora de la madrugada, “instintivamente” (uso el término instinto en su sentido estrictamente metafórico) se levanta y roba la vajilla de plata y unos candelabros. Un policía lo detiene y le hace confesar de dónde lo has robado; al ser llevado a casa del obispo este le dice a los policías que Valjean no ha robado nada, que él se los ha obsequiado y que en el apuro por irse olvidó llevarse otras cosas que se le obsequió y obliga a su hermana a darle otros objetos de plata. Valjean no entiende lo que ha pasado, está como perdido en sus pensamientos y recuerdos sentado bajo un árbol en un bosquecillo, cuando ve que una moneda aparece rodando y llega cerca de sus pies, oculta la moneda bajo su zapato, aparece luego un niño que venía jugando con aquella moneda y reclama su devolución y Valjean niega haber visto alguna y amenaza al niño y este huye. Al rato, Valjean levanta su pie y ve la moneda y considera que ha cometido una monstruosidad, comparado con el acto noble del obispo. Ese incidente cambia su vida y ese episodio me captó como lector y en apenas semana y media terminé de leer los dos tomos a pesar que era una temporada de clases en la escuela. Habiendo leído un libro en dos tomos voluminosos a la edad de diez u once años ningún libro me ha arreadado por voluminoso que fuera. Creo que definitivamente leer esa novela me convirtió en un lector. Por supuesto, ya de adulto volví a leer *Los miserables*, y claro que fue otra lectura.

Leer los miserables para mí fue una magnífica experiencia. Algo que no ocurrió con mi hermanita Malinda, quien estando en los primeros años de la primaria, se atrevió a leer uno de los libros de mi pequeña biblioteca. En la primera página de *La Divina Comedia*, de Dante Alighieri había subrayado como cien palabras. Eran las palabras que Malinda no conocía. Le conseguí una edición infantil de *La Ikhada*, en la colección Billiken. Lo pudo leer.

Recuerdo que había un pariente lejano de mi madre que de cuando en cuando nos visitaba. Eusebio, al enterarse que yo leí, me dijo que él también leía “obras” y me inte-

resé por lo que él leía. Muy orondo me dijo que leía a Corín Tellado y a Bravo Adams, que eran autores de novelitas rosa, muy cursis. Pero, no se lo dije, por su puesto. Me dije “aquí hay un lector” y le presté algunos libros de Julio Verne: *Viaje al centro de la tierra*, *De la tierra a la luna*, *La vuelta al mundo en ochenta días* (años después leí *La vuelta al día en ochenta mundos*, del gran Julio Cortázar). Y con Eusebio tuve éxito, gané un lector para la buena literatura.

Otra experiencia como lector, que puedo mencionar es cómo es que me hice psicólogo. Felizmente, para mí, tuve un pésimo profesor de psicología en cuarto año de secundaria, (en mi época a Dios gracias no existían esos cursos ómnibus que existen hoy tanto en primaria como en secundaria en los que hay un conjunto de temas diversos, en mi época estudiamos cursos (disciplinas) como biología, física, química, geografía, economía política, filosofía, lógica, psicología). Digo que tuve el peor profesor que podía uno imaginarse, en psicología: sacaba su viejo cuaderno y leía para que los alumnos “tomáramos el dictado” y escribiéramos en nuestro cuaderno lo que sus apuntes decían. Yo me dije: “No creo que la psicología sea eso que el profesor dicta”. Me fui a la biblioteca del colegio y leí los textos de Carlos Cueto Fernandini, de Walter Peñaloza, *Cuatro gigantes del alma*, de Emilio Mira y López y buena parte del *Manual de psicología experimental* de Walter Blumenfeld, que después lo tuve como texto en mi curso de psicología experimental en segundo o tercero de psicología en San Marcos. De modo que, diría que mi vocación por la psicología nació de mi experiencia como lector.

Otra experiencia como lector que quiero comentar es que en cierta ocasión viajé a Cerro de Pasco para visitar a una prima Gloria que trabajaba en el hospital de esa ciudad. Como tenía que irse a su trabajo, me dijo “a ti que te gusta leer, a ver si te agrada este libro”. Luego de leerlo en el transcurso de esas horas me lamenté por no haberme topado hasta ese momento con ese libro, de haberlo leído antes pude haberme dedicado a la microbiología (el libro era *Los cazadores de microbios* de Paul de Kruif, una apasionante historia de la microbiología). Pero ya era psicólogo.

Algunas experiencias con la lectura de mis estudiantes

El año 2005 se celebró, no solo en el mundo hispanohablante, sino en todo el mundo, el cuatricentenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra. Con esa ocasión se encomendó a Edith Grossman la traducción de esa magistral obra al inglés.

Gregorio Martínez (2006), uno de los integrantes del legendario Grupo Narración (nuestra Universidad prepara la edición facsimilar de los tres números de Narración), al revisar aquella traducción se percató que la frase “rocín, galgo corredor...”, frase en que el sustantivo galgo corredor es utilizado como adjetivo para referirse a que el caballo

de labranza (rocín) de don Quijote era tan veloz como un galgo corredor, había sido traducida por Grossman como (en inglés) “rocín y un galgo corredor”, que no resultaba un error insignificante pues alteraba la fauna del Quijote pero, además, de aquí podrían derivarse consecuencias insospechadas. Dado que ese galgo no está en la versión original del Quijote, pero sí en la versión inglesa Martínez habla del galgo fantasma (el título del artículo es *Don quijote y el galgo fantasma*. Por cierto, el error surge porque en inglés no suele adjetivarse a través de sustantivos).

El artículo me pareció tan interesante que lo utilicé como un recurso didáctico en un curso de psicolingüística para discutir asuntos del lenguaje, de las lenguas, de los problemas de traducción y otros temas. Aquí viene a cuento la anécdota que anuncié: el primer párrafo del escrito de Martínez dice:

Quizás por hueleguiso, el galgo fantasma me saltó a la cara. Por supuesto, un autor desconocido, que escribe en castellano recóndito de Coyungo (Nasca, Perú) no tenía para qué echarle ojo a la novela *Don Quijote* traducida al inglés. Excepto de puro adefesiero.

Luego de realizada la lectura individual y en la ronda de participaciones, una alumna dice “profesor, quizá este señor Martínez pasó cerca de la cocina y el olor del guiso llamó su atención, y ya en la cocina destapó la olla para oler el guiso y entonces el olor le quedó en la cara y al salir se cruzó con el galgo que ni corto ni perezoso le saltó a la cara”.

Como puede advertirse, esta alumna no se manejaba a nivel de metáforas entonces su lectura se había realizado a un nivel literal y estrictamente literal, por tanto, no comprendía lo que leía.

Pero, lamentablemente, el caso de esta alumna no es un caso aislado o infrecuente, lamentablemente la falta de comprensión lectora es un fenómeno bastante extendido. González Moreyra (2006) realizó un estudio sobre comprensión lectora en estudiantes que acababan de ingresar a universidades públicas y privadas de Lima y encontró que un elevado porcentaje de aquellos estudiantes no comprendía lo que leía, cayendo estos estudiantes en la categoría de “analfabetos funcionales”, es decir, son personas que habiendo aprendido a leer (en el sentido de haber aprendido las reglas de transformación de grafema a fonema, que les permitía decodificar un texto, no comprenden lo que leen porque por la escasa práctica de la lectura no han conseguido las habilidades que permiten la comprensión lectora.

Voy a referir ahora dos anécdotas que ilustran el “nacimiento de nuevos lectores”. En una de mis clases de psicología del aprendizaje en la Universidad Peruana Cayetano Heredia, hace muchos años atrás, hice que mis alumnos leyeran *La leyenda del hombre del cerebro de oro* de Daudet (Grupo de Entrevernes, 1982). Al finalizar la clase, un estudiante levanta la mano y pide la palabra y casi textualmente dice: “Ha estado interesante la lectura, pero hubiera sido bueno que usted trajera algo de psicología qué leer”. Mi

respuesta fue: “Usted va a tener cinco años de su vida para leer psicología, pero para leer este tipo de textos usted quizá tenga contadas ocasiones”. Dos años después, ese estudiante fue el presidente de la comisión organizadora de los juegos florales de cuento y poesía en la universidad, y en algún momento se hizo frecuente que pidiera sugerencias de lecturas a Leopoldo Chiappo y a mí; luego se hizo un lector independiente.

En una clase en la Universidad Ricardo Palma había hablado de mis lecturas del momento. Unos días después se me acerca una estudiante y me dice “Profesor, a mí también me gustaría enfrentarme a Thomas Mann”; me sorprendió y le pregunté “¿Cómo dice?”. “El otro día usted dijo que había decidido enfrentarse a Thomas Mann; yo también quiero hacerlo, cuando termine de leer *La Montaña Mágica*, ¿puede prestármelo?”. Le obsequié el libro y sé que comenzó como una lectora de Thomas Mann y luego ha elegido por su cuenta otros autores. Yo había usado esa expresión para referirme a la extensión de sus novelas (así, *José y sus hermanos*, por ejemplo, es una novela en cuatro tomos, cada uno de ellos de cerca o un poco más de mil páginas).

El valor de la lectura

Abandonando las anécdotas, proponemos algo para la reflexión: un breve texto de *Una historia de la lectura*, de Alberto Manguel: “Leemos para entender, o para empezar a entender. No tenemos otro remedio que leer. Leer, casi tanto como respirar, es nuestra función esencial” (p. 21).

Leemos para entender, no hay mejor recurso, pero ¿acaso alguien puede llegar a comprender a cabalidad, en toda su profundidad y extensión los asuntos del arte, de la ciencia, de la religión, de la filosofía, etc., a partir de la lectura? Por eso Manguel como que se corrige y dice “leemos para entender, o mejor para empezar a entender”.

No tenemos *otro remedio* que leer; de esta expresión se infiere que Manguel está queriendo señalar que la ignorancia es como una enfermedad pernicioso, como una peste, con la que hay que acabar, y el remedio, efectivamente, es la lectura.

Leer es casi tan esencial como respirar. La analogía es evidente, si no respiramos morimos y si no leemos no nos nutrimos de información y de conocimientos y estaríamos en la lamentable condición de “muertos vivientes”, cuasi vegetales, privados de entendimiento y comprensión de nuestros mundos biológico, físico, social, cultural, psicológico.

El valor de la lectura como activadora de la curiosidad epistémica ha sido destacada por Proust en un pasaje de *Sobre la lectura* (2003, pp. 37-38).

Es ese, en efecto, uno de los grandes y maravillosos rasgos de los bellos libros (y que nos hará comprender el rol a la vez esencial y limitado que la lectura puede jugar en

nuestra vida espiritual) que para el autor se podrían llamar “Conclusiones” y para el lector “Iniciaciones”. Sentimos muy bien que nuestra sabiduría comienza allí donde la del autor termina, y quisiéramos que él nos diera las respuestas, cuando todo lo que puede hacer es proporcionarnos los deseos de conocerlas.

De ese formidable *insight* de la lectura como elemento instigador de nuevos conocimientos e intuiciones, Proust anticipa el carácter constructivista de nuestros conocimientos cuando señala que:

No podemos recibir la verdad de nadie, que debemos crearla nosotros mismos, aquello que es culminación de sus conocimientos no se nos aparece como el comienzo del nuestro, de manera tal que es en el momento en que nos han dicho todo lo que podían decirnos cuando hacen nacer en nosotros el sentimiento de que no nos han dicho nada aún. (p. 38).

La experiencia de la lectura

¿Qué es la lectura? Hay diversas definiciones de lectura. Desde aquellas que la definen como un proceso de decodificación (que se logra al adquirir implícitamente un conjunto de reglas de transformación de grafema a fonema, hasta a aquellas que la definen como un proceso de “asignación de significados” a un texto.

Aquí definimos lectura como una actividad que tiene lugar cuando hay un texto y alguien (el lector) interactúa con él. Los textos pueden ir desde un poema, un cuento, una novela, un comentario periodístico, una noticia en el periódico, a un ensayo en cualquier disciplina, un artículo o un libro científico. Pero también hay un texto cuando se lee una receta de cocina, el manual de uso de un artefacto, una cartilla de información de un fármaco, una carta, etc. Una actividad. De otro lado, en toda actividad es posible identificar tres instancias o momento: un antes, un durante y un después, lo que nos lleva a considerar las condiciones (antes), los procesos (durante) y los resultados (después).

Dado que toda actividad queda definida por sus propósitos, hay diversidad de actividades de lectura, en el sentido que son actividades distintas leer un poema, leer una novela, leer un artículo científico, etc; por tanto, sus condiciones, sus procesos y sus resultados serán diferentes. Pero también hay diversidad de lecturas según se lee para informarse, para preparar un trabajo académico, para una exposición o un examen.

La lectura puede proveer experiencias de distinta naturaleza: experiencia afectivo-emocional, cuando uno lee algún cuento o novela que nos deja conmovidos por las peripecias que se narran en ellas; experiencias cognitivas, que pueden proveerlas tam-

bién las obras de la narrativa, pero también algunos libros clásicos de la ciencia o biografías de científicos; experiencias existenciales como cuando se lee diarios, biografías o epistolarios. Pero, sobre todo, la lectura puede resultar una experiencia formativa. A este respecto, Larrosa (2003) ha señalado que la lectura como formación supone pensarla como una actividad que compromete la subjetividad del lector

No solo con lo que el lector sabe sino con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos (p. 25).

En ese sentido podríamos decir enfáticamente que cada uno de nosotros es el producto de sus lecturas.

Larrosa enfatiza en la idea según la cual la lectura para constituirse en experiencia formativa se requiere que haya una relación íntima entre el texto y la subjetividad del lector y esa relación podría pensarse en experiencia, entendiendo por esta *lo que nos pasa*. Lo expresa así:

Pensar la lectura como formación supone cancelar esa frontera entre lo que sabemos y lo que somos, entre lo que pasa (y que podemos conocer) y lo que nos pasa (como algo a lo que debemos atribuir un sentido en relación a nosotros mismos. p. 29)

A eso he querido referirme cuando he propuesto como título de este artículo *La lectura, una experiencia crucial*, que la lectura sea algo que nos toque en lo íntimo y nos transforme en algún sentido.

Parafraseando a Gadamer (mencionado en Larrosa, 2003), podría decirse que aun cuando dos personas enfrentan el mismo acontecimiento, no tienen la misma experiencia, pasa lo mismo con la lectura, dos personas confrontadas con el mismo texto no tienen la misma experiencia de lectura, para uno puede ser un acontecimiento más y para el otro una experiencia crucial.

De modo, podría decirse, que la actividad de la lectura es a veces una experiencia y otras no, puesto que aun cuando la actividad de la lectura sea algo que se hace con frecuencia y a veces de modo rutinario, la *experiencia* de la lectura es un acontecimiento que solo ocurre en raras ocasiones. Larrosa lo expresa de este modo:

Solo cuando confluye el texto adecuado, el momento adecuado, la sensibilidad adecuada, la lectura es experiencia... Por otra parte, una misma actividad de lectura puede ser experiencia para algunos lectores y no para otros. Y, si es experiencia, no será la misma experiencia para todos aquellos que la hagan. (p. 40).

Para tener una mejor experiencia como lectores

Es posible que cada quien haya descubierto sus maneras de leer y haya hecho sus decisiones de qué leer; sin embargo, hay cierta literatura que puede ayudarnos a ser mejores lectores. Siempre hay oportunidad de aprender a leer mejor y aquí reseñamos un conjunto de libros que nos ofrecen algunas pistas para desarrollar nuestros recursos como lectores y disfrutar aún más la lectura de poesía, cuento, novela o dramas y poder llegar a vivenciar una que otra lectura como experiencia, o mejor aún, como experiencia crucial.

En *Cómo leer y por qué*, Harold Bloom (2000) sostiene que solo la lectura como práctica constante y profunda incrementa y afianza la personalidad y propone además que la lectura provee placer y es enriquecedor. El autor cita este sabio consejo de Francis Bacon: “no leáis para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o discurso, sino para sopesar y reflexionar” (Bloom, 2000, p. 23).

En el libro Bloom analiza y comenta de modo ameno e instructivo cuentos de Turgéniev, Chejov, Maupassant, Hemingway, Navokov, Borges; en el caso de poesía analiza e interpreta a Blake, Whitman, Dickinson, Wordsworth, Shelley, Keats; tratándose de novelas examina y analiza *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, *La Cartuja de Parma* de Stendhal, *Emma* de Austen, *Grandes esperanzas* de Dickens, *Crimen y castigo* de Dostoievski, *Retrato de una dama* de H. James, *En busca del tiempo perdido* de Proust, *La montaña mágica* de Mann; termina refiriéndose a dramas *Hamlet* de Shakespeare, *Hedda Gabler* de Ibsen (a mí me conmovió *El pato salvaje*, su idea de la mentira vital y los peligros de buscar la verdad en la vida de las personas), *La importancia de llamarse Ernesto* de Wilde.

Una oportunidad de acercarnos a otros libros nos lo ofrece el libro de Italo Calvino (2009) *Por qué leer los clásicos*. Calvino comienza proponiendo un conjunto amplio de definiciones de “clásicos”: libros que, por lo general, se releen; que enriquecen a quienes los han leído; que ejercen una influencia al volverse inolvidables o que se integran al inconsciente colectivo o individual; toda relectura de un clásico es una oportunidad de descubrimientos; un clásico es un libro inagotable en el sentido que nunca termina de decir lo que tiene que decir; los clásicos son libros que traen consigo los vestigios de lecturas precedentes a la nuestra en el lenguaje y en las costumbres; es una obra que provoca un incesante “polvillo de discursos críticos” de la cual la obra se sacude; son libros que cuanto uno más cree conocerlos por haber oído hablar de ellos, resultan más nuevos e inesperados al leerlos de verdad; libros que se configuran como equivalentes del universo; son libros que sirven para definirte a ti mismo en relación con ellos; son libros que se incorporan de manera natural en una genealogía de libros; un clásico tiende a desplazar a la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero que al mismo tiempo

no puede prescindir de ese ruido; un clásico pervive como ruido de fondo, incluso ahí donde la actualidad más incompatible se impone; y los clásicos son aquellos libros que sirven para entender quiénes somos y a dónde hemos llegado. Luego de hacer esta caracterización de los clásicos, Calvino dice que a cada quien le queda la tarea de formar la biblioteca ideal de sus clásicos.

Calvino propone luego un conjunto de clásicos, los reseña, interpreta y discute en relación con otros libros y con las épocas: la *Odisea* de Homero, *Anábasis* de Jenofonte, *Las metamorfosis* de Ovidio, *La historia natural* de Plinio, *Tirant lo Blanc* de Joanot Martorell, *Orlando furioso* de Torquato Tasso, diversas obras de Gerolamo Cardano, *El libro de la naturaleza* de Galileo, *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, *La Caruja de Parma* de Stendhal, cualquiera de las novelas de Balzac o de Dickens, y otros más que sería largo mencionar aquí (¡Busque el libro de Calvino!).

En la literatura nacional hay un extraordinario libro; se trata de *La partida inconclusa* de Alberto Escobar (2003). El libro fue publicado en 1970 y la edición del 2003 está precedido por un enjundioso prólogo de David Sobrevilla. El libro trata de desarrollar una teoría y una metodología para la lectura y la interpretación de textos literarios. El libro ofrece, de paso, una bella antología de textos de Julio Cortázar, Antonio Cisneros, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Nicanor Parra, José María Arguedas, Mario Benedetti, Sebastián Salazar Bondy, César Vallejo y Martín Adán, entre otros.

En *Leer como un profesor* Thomas Foster (2015) presenta estrategias para la adecuada lectura de textos literarios. La idea de base es que existe una gramática universal de la imaginaria figurada y que gran parte de la fuerza de esas imágenes y los símbolos procede de la repetición y la reinterpretación.

El sentido de un libro que trata de enseñarnos cómo leer es que su autor (que es un profesor):

Ha adquirido con los años un *lenguaje de lectura*, una gramática de la literatura, una serie de convenciones, modelos, códigos y reglas que aprendemos para encarar un texto escrito. Todo lenguaje posee una gramática, una serie de reglas que estipulan su uso y su significado, y el lenguaje literario no es una excepción. Desde luego se trata de algo más o menos arbitrario, como el lenguaje mismo (22-23).

Lo que Foster pretende en su libro es introducirnos en esa gramática. A lo largo del libro va introduciendo al lector en esa gramática y le provee un conjunto de lecturas seleccionadas para ejemplificar el funcionamiento de esa gramática.

Finalmente, espero que la lectura de mi texto haya resultado para el lector *al menos* una experiencia, sino una experiencia crucial.

Referencias

- BLOOM, H. (2000). *Cómo leer y por qué*. Santafé de Bogotá: Norma.
- BLOOM, H. (2005). *Genios. Un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares*. Santafé de Bogotá: Norma.
- CALVINO, I. (2009). *Por qué leer los clásicos*. Madrid: Siruela.
- CORTÁZAR, J. (2013). *La vuelta al día en ochenta mundos*- Hong Kong: Editorial RM.
- ECO, U. (1988). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen.
- ESCOBAR, A. (2003). *La partida inconclusa*. Lima: Editorial Universitaria URP.
- GONZÁLEZ, R. (2006). *Problemas psicolingüísticos en el Perú*. Lima: Páginas del Perú.
- GRUPO DE ENTREVERNES (1982). *Análisis semiótico de los textos*. Madrid: Ediciones cristiandad.
- GUTIÉRREZ, M. (2017). *Celebración de la novela 1*. Lima: Penguin Randolph.
- LARROSA, J. (2003). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- MADIGAN, R. JOHNSON, S. & LINTON, P. (1998). The Language of Psychology as Epistemology. *American Psychologist*. 50 (6): 428-436.
- MANGUEL, A. (2002 a). *Leyendo imágenes. Una historia privada del arte*. Bogotá: Norma.
- MANGUEL, A. (2002 b). *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza Editorial.
- MANGUEL, A. (2003). *Con Borges*. Bogotá: Norma.
- MARINA, J. A. y Válgoma, de M. (2007). *La magia de leer*. Barcelona: De Bolsillo.
- MARTÍNEZ, G. (2006). Don Quijote de la Mancha y el Galgo Fantasma. En: *Perú 21*. 23 de abril.
- PROUST, M. (2003). *Sobre la lectura*. Buenos Aires: Ediciones el Virrey.